

EL LICEO DE CÓRDOBA.

PERIÓDICO DE LITERATURA, MÚSICA Y MODAS.

Publicase todos los Jueves, y cada mes da una pieza de música y un figurin de modas.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Secretaría del Liceo y redaccion de este periódico, calle del Huerto de San Pablo núm. 34.

FN MADRID. Almacen de música de Mascardo, calle Alcalá núm. 1 y calle de Preciados núm. 26, y en la Redaccion de la Iberia Musical y Literaria calle de la Madera núm. 11.

PROVINCIAS. En todas las Administraciones de Correos, ó por medio de una libranza á favor del Director de este periódico.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN CORDOBA, 6 rs. para los socios del Liceo, llevado á sus casas; para los que no lo sean 8 rs. con igual condicion.

PROVINCIAS. 26 rs. por trimestre franco el porte.

NOTA. Las cartas y reclamaciones no se admiten en la redaccion sino francas de porte.

COSTUMBRES.

EL MOLINO DE ACEITE.



No se figure el lector que vamos á tratar del artefacto que hace ricos á tantos cosecheros de nuestra feraz Andalucía, describiendo ahora las *alpatanas* ó la manipulacion de la aceituna; ó decidiendo si es mejor la prensa *hidráulica* que la antigua y denominada viga con que se exprime desde nuestros abuelos el preciado fruto de Minerva; ó si es preferible á una y otra la no muy conocida prensa de *percusion*, la de *husillo de hierro* ó la de *doble presion*, con todas las demas opiniones que de poco tiempo á esta parte se ajitan en la corte de Abderramen, siguiendo el poderoso impulso de este siglo industrial y positivo.

Nada de eso: nosotros dejamos estas investigaciones científicas y utilitarias á los mecánicos y á los ricos propietarios, para que recojan el fruto que de su solucion puede resultar á los unos de gloria y á los otros de provecho.

Tampoco tratamos de los olivares que forman la mas general y lucrativa ocupacion de este suelo y de estos naturales, y dan alimento á los molinos que sirven de título á nuestro trabajo; quédese á otros explicar por que se prefiere en algunos terrenos la plantacion y el cultivo del olivo *alamoño* con sus ramas altas y derechas, del achaparrado *ceijano*, y del proceroso *ocal* gordo en fruto y despilfarrado en ramas; dejando á retaguardia y en insignificante minoria la numerosa familia de los *picudos*, *zorzaleños*, *tempranillos*, *sevillanos*, *regalones*, *carrasqueños*, *manzanillos* y *ojiblanco*s, con el jefe y patriarca de todos, el respetable *acebuche*, de donde nacieron algun dia todos los olivos que son hoy la gala y la opulencia del

pedazo de tierra que quiso Dios colocar entre Sierra-Morena y el estrecho; y que si fuesen cosechados y esprimidos de un apretón, bastarian para hacer de España una gran balsa de aceite, aunque alguno diga escandalizado que son ponderaciones andaluzas.

Nada importa á nuestro propósito que el terreno de *albero*, *carrascal* ó *villariego*, sea mas apropiado para cojer muchas y jugosas aceitunas que el *bujco* negro, famoso para la siembra del trigo: ó que escapen mejor los que podan mucho, como se hace en nuestra tierra de Córdoba ó los que podan poco como acostumbra en Granada, porque ni para nosotros ha de ser la leña que talen los unos, ni el fruto que cojan los otros. Caven mucho los pies del árbol los que creen que en eso está el *busilis* de la cosecha; siembren otros legumbres, porque dicen que los cereales perjudican; y disputen eternamente aragoneses y andaluces, riojanos y extremeños, sobre el uso de la vara con que algunos golpean el árbol, lastimando las ramas donde deberia racer el fruto al año siguiente, como sostienen con lágrimas en los ojos los adversarios del apaleo y defensores entusiastas del sistema manual de ordeñar las ramas para desgranar al suelo la dócil y madura aceituna.

Todo esto nos importa á nosotros tanto como las nubes de antaño; porque solo tratamos hoy de describir la animacion y el bullicio, las escenas campestres, los lances de amor y de trato social de que son teatro los olivares y los molinos en la fria estacion que empieza en Todos-santos y acaba en Carnestolendas, salva alguna dichosa escepcion, como la del año 1845, en que se alcanzó una molienda á otra; juntando, por decirlo así, el Carnaval con el Adviento, ó el mes de Marzo con el mes de Noviembre: venturosa revolucion de las estaciones producida por una de las mas pingües cosechas que recuerdan los nacidos.

El lugar de nuestra escena será la Guijarrosa, famoso y antiguo campo de olivares, situado con sus lindas caserías acá y allá colocadas entre la Rambla

y la Carlota, cuatro leguas al Sur de Córdoba, como quien camina ácia Sevilla por la izquierda del arrecife. Allí quiso el genio tutelar de Andalucía reunir las sencillas costumbres de los caserios rurales del país vascongado y la temperatura suave y apacible de los climas meridionales: las opulentas cosechas del más preciado de los frutos, sin los inconvenientes del lujo y de la vanidad: las delicias en fin de un país pintoresco y risueño, acompañadas del trato cariñoso y hospitalario que distingue á los naturales de la tierra hermosa donde escribimos. Pero allí como en todas partes hay costumbres buenas y malas que observar, y al lado de acciones laudables hay otras que merecen vituperio; allí hay amor y hay celos: hay laboriosidad y hay codicia: hay franqueza candorosa y maligna rusticidad, que tales van pareados los bienes y los males en este valle de lágrimas; si bien todo tiene aquí aquel baño de amabilidad y de dulzura que admira el forastero en la deliciosa Bética, y que calumnian sus adversarios con el apodo de falsedad; como si en todas partes donde hay hombres no hubiese engaños, y como si no fuese mejor, engaño gracioso y almibarado que engaño zafio, brusco y sin gracia. ¿Y quien dice que si todo lo que se siente hubiera de decirse cara á cara, como en aquel palacio fabuloso de la verdad, no seria menester irse del mundo? ¿Qué otra cosa son la urbanidad y la cortesía más que dulces mentiras introducidas por la civilización para hacer más llevadera la amarga realidad de este pícaro mundo?... Pero basta ya de digresiones y esordios, y acerquémonos con el lector á una de las casas de campo que se llaman en Andalucía *molino de aceite*.

Examinemos con él la dilatada estension del edificio, su sencilla y sólida arquitectura, y el aire de pequeño palacio que le da la empinada torre donde estriba la cabeza de la viga. Entremos después en el gran patio donde confluyen las cuadras y zahurdas, habitaciones y fábrica; y sin detenernos en el subterráneo, aljive donde se guarda la lluvia á falta de fuentes y pozos, veamos el taller donde se elabora el líquido precioso que se disputan fábricas y cocinas; que se consume en todas las latitudes, y que solo se produce en cortos y determinados climas. El *maestro de molino* está apilando en los capachos la ya quebrantada aceituna que ha de exprimir después la ponderosa viga, movida por el robusto brazo del *husillero*; y entretanto la yegua dá vueltas moliendo y preparando el fruto largos días atrojado, y un sí-es no-es revenido. Ocasión era esta de declamar contra la lentitud de la manufactura que da ocasión á que se pudra el fruto, prestando el sabor de rancio al aceite aun antes de concluida la elaboración; y sobre el fácil remedio de no coger diariamente más aceituna que las dos tareas, ó sean treinta fanegas, que la viga oprime bajo su pesada mole, en cada una de las rotaciones terrestres á que llaman día los astrónomos, y por imitación nosotros los profanos. Pero tales declamaciones serian ajenas de nuestro propósito, como las que antes hemos apuntado, y bastará para llenarlo que veamos empapar la pasta en agua hirviendo, correr el aceite confundido con el alpechín y el agua, caer en el pozazo cuya central ombla le desagua por el fondo, en virtud de la diversa gravedad de los líquidos; y dejando nosotros en el cuerpo del molino, á par de estas faenas, el crujir de la viga contra el luchadero, el cantar de los molineros su rondeña, y las esquilas y el trotar de la yegua, nos

dirijamos al hogar de la cocina, donde han de reunirse los principales actores de nuestro drama.

Acababa el sol de ponerse por el tras del alto castillo de Almodovar, al otro lado del arrecife de Sevilla y del Guadalquivir, que por este sitio corre casi paralelamente, cuando regresaban al hogar doméstico los cerdos y los bueyes de labor, las burras del acarreo de aceituna, y la numerosa tropa de *tareeros*, compuesta de hombres, mujeres y niños, que todos se ocupan en recoger el fruto, y duermen en el molino, segun la antigua costumbre y la naturaleza de aquella población diseminada. De suerte que entre el mugir de las vacas y los chotos, el prolongado rebuzno de las burras, el cacareo baritono de las gallinas y patos, el bajo gruñido de los cerdos, la gritería de los zagales para avenir aquella diversidad de castas, y por añadidura la conversacion de cuarenta jornaleros que vienen de recoger la aceituna, hacen del patio del molino en la hora crítica del anochecer un campo de Agramante, una torre de Babel, un infierno abreviado. El casero acude á todas partes, su muger prepara la cena de los comensales de la casa, los tareeros se guisan la suya, los animales se recogen, los rabadanes callan, y un momento después de aquella liorna, cuando la noche cierra su oscuridad, sucede un silencio tan completo al destemplado bullicio de antes, que solo le experimentan en el campo los habitantes de las ciudades, porque en ellas se vive y se alborota tanto ó más que de día á la luz artificial de los quinqués y bujías.

Entonces es cuando se reúnen en derredor del fogaril las personas más caracterizadas de aquel pequeño estado, que son el *maestro*, el casero con su muger, el *manijero* ó sea jefe de la muchedumbre jornalera, el guarda, y la aceitunera Maria, que por ser bonita y sobrina de un cura ya difunto, goza del privilegio de hombrearse con los *notables* del molino. A una distancia respetuosa se ven el capataz del ganado moreno, ó sean cochinos hablando con perdón; y el perro *gordillo* donde concluye la escala gerárquica del molino.

El casero, que segun el uso del país tiene que ser casado, y por la suavidad del clima suele ser fecundo, seria hombre como de unos treinta años, formas atléticas, genio atrabiliario, prieto, cejijunto y rechoncho. Si al apodarlo en el país *el frute* no se descubriese su origen ultramontano, lo diria la inclinacion de su cabeza ácia el suelo, como dicen que la llevaba Sixto V. antes de ser Papa, y su mirar torbo y ceñudo como el último cuadro de un drama romántico, su muger por el contrario era más viva que una ceadra, morena de cuerpo gracioso, más alegre que unas castañuelas, y más decidora y chistosa que todos los tomos del Quijote, donde más largamente se hayan impreso. Nació para coqueta, y lo hubiera sido en efecto si el atraso en que por lo común se encuentran las artes en los campos, no le hubiesen cortado la carrera; pero en cambio jugaba sus ojos negros con tal naturalidad y viveza que hay quien contó diez flechazos de sus pupilas por cada pestañear de su marido. Es fama en los caserios de la redonda que esta conducta la agradece mal su pariente, y que más de una vez ha usado para acariciarla de los despojos de la poda del olivar prefiriendo las varetas más gruesas y flexibles, pero abandonemos estas investigaciones que pertenecen al interior de las familias, y concluyamos las semblanzas de nuestros tertulianos.

Era el guarda hombre alto y bien dispuesto, ni tan adelantado en año que pudiera llamarse viejo, ni tan nuevo en la carrera de la vida que debiera llamarse joven: su edad frisaría con el séptimo lustro en lenguaje poético, ó con los 35 del pico en estilo llano y pedestre. El ejercicio de las armas habia dado el mas completo desarrollo á las bellas proporciones de su cuerpo alto, esvelto, y con todos los rasgos de la raza andaluza: ojos y pelo negro, barbicerrado, moreno, y con tres pulgadas sobre la talla: uno de los mas bellos granaderos del ejército del norte que empezó á pelear contra la facción carlista en 1855, á las órdenes de Sarsfield y concluyó á las de Espartero en el Maestrazgo, dando el último empujón á Cabrera en las crestas del Pirineo. En el servicio militar se distinguió por las prendas comunes á los Cordobeses: subordinación, fidelidad, y un deseo incesante de volver á los risueños campos de su patria, sin que la vida licenciosa de las armas altere en ellos el fondo de honradez y de bondad que forma la base de su caracter, y que suple, á nuestro ver con ganancias, por la vivacidad picaresca de los andaluces de la tierra baja.

No parecia desconocer estas ventajosas cualidades la joven aceitunera, si hemos de juzgar por las miradas tiernas y profundas que de continuo cambiaba con el licenciado, valiendose de aquella libertad candorosa que inspira el amor en los campos, donde no hay necesidad de fingir modestia para disimular mayores faltas. Su figura realmente hermosa, como las virgenes de nuestro compatriota Murillo, la educacion esmerada que recibió en casa de su tío, el aseo y gracia de su prendido, y la habilidad con que punteaba en la guitarra la interesante rondera del país, pulsando las cuerdas con tal espresion que las hacia hablar, segun el decir de aquellas gentes, la sacaban de la humilde esfera de trabajadora, inspiraban en las otras el deseo de verla dignamente colocada, y hacian vagar por su mente de ella dulces ensueños de felicidad, de aquellos que se leen en las novelas alcanzados por distinto camino que el de las rectas y severas costumbres.

El tío Cristobal, que es el nombre del manijero, completa el cuadro de nuestra compañía campestre, y es quizá el personaje mas original de todos. Su cargo ni lo debe á sus estudios, dado que no sabe leer, ni á su nacimiento, tan plebeyo y oscuro como el del último ganapan; ni á la superioridad de su fortuna tan pobre y negativa como la de aquellos filósofos antiguos que decian haciendo galas del sanbenito «omnia mea mecum porto» que para que lo entiendan nuestras amables lectoras vale tanto como decir «no tengo mas bienes que lo encapillado»; débelo á aquella superioridad que todos reconocen en el que elijen para mandarlos, que es el mejor título que han inventado los hombres. Su agigantada estatura, la agilidad de sus miembros duros y descarnados, la elocuencia persuasiva de sus puños tantas veces experimentada en lo mas vivo de una disputa, y su talento superior aunque sin cultura alguna mas que la que se adquiere en el gran libro del mundo, le colocaban todos los años á la cabeza de las cuadrillas de trabajadores, ya fuese en la época de la cava de pies, ya en la del desbareto y escamondo, en la tala, en el arado, en la siembra de los ruedos, ó ya en fin en la de la recolección de la aceituna, que es la que ahora nos ocupa. Malas lenguas quieren decir que en su vida

hay pasages dudosos, y aun algo mas: sus mayores amigos (que nunca le faltan al que se hace temer,) no pueden negar que cierta temporada faltó de su domicilio, y se sabe que se echó al camino, frase vergonzante y ambigua con que se quiere dar á entender la ocupacion de contrabandista para apartar las sospechas de otra mas criminal todavia. Pero prescindiendo de que no existen pruebas de tan grave cargo en los anales de esta verídica historia, sabido es que desde Viriato hasta nuestros dias hay repetidos ejemplos de heroes que han empezado su carrera en las sendas y encrucijadas á que aluden con solrada malignidad los enemigos del tío Cristobal; que si tiene amigos el poderoso, tambien tiene émulos el que se distingue y se eleva entre sus iguales. Sea de esto lo que quiera, nuestro hombre á pesar de sus cincuenta y.... alternaba con la gente joven si se trataba de cantar y bailar, y razonaba con los viejos si se ponía á discurrir el mejor modo de plantar las estacas de uña, de preservar los garrotales del diente del ganado, ó de escoger el tachuno para poner de olivos un terreno determinado; que á todo daba saludable parecer con el acierto de un entendimiento claro, robustecido por la esperiencia y no viciado por la lectura de mil libros diversos y desacordes entre si; y lo que opinaba el tío Cristobal era hombre de ejecutarlo con la hazada á diferencia de los sabios puramente especulativos.

Retratados ya en cierto modo los personajes que han de figurar en nuestra historia, resta trasladar aqui su coloquio, que recayó esta noche sobre la inseguridad de los caminos y casas de campo, desde que apareció por las campiñas cordobesas el lucentino tristemente célebre *Cristobal Navarro* y su descendiente *Caparrota*. Pero la narracion de los lances que alli se contaron, de los sucesos que se temieron para lo futuro, y de lo que ocurrió en el mismo molino, con las mismas personas y en la misma noche, cuya crónica nos proponemos publicar, no cabe ya, amables suscritores, en las columnas de nuestro *Liceo*; por lo cual nos vemos obligados á suspenderlas, dejandola para cuando Dios fuere servido.

Iznardi

SOÑANDO VIVO.



A mi amigo D. Domingo Perez de Guzman.

*Mas vale trocar
placer por doleres,
que estar sin mores.
(Juan de la Encina.)*

¿Por qué despiertas del profundo sueño,
infausta suerte, á quien con él gozaba?
¿Por qué á mi dicha con terrible ceño
el sueño quitas cuando amor soñaba?

Un sueño fué no mas! sueño de gloria,
que embriagando mi ardiente fantasia,
esculpido ha dejado en mi memoria
el llanto eterno y la delicia mia!

Vuelve, vuelve á estender tu manto
y á cerrar otra vez mis turbios ojos:
dame el ensueño que formó mi encanto,
y convierte en placer tantos enojos.

Mas sonó en mis oídos la campana recordando mi eterno aecer,
y veo el tormento del «mañana»
cual los placeres del feliz «ayer»
¡Imagen celestia! ¡ya te he perdido
cual sombra vaga en macilenta luz!
mas tu acento doquier suena en mi oído,
aun ante el ara de la santa cruz.

¿Por qué ese acento de ilusion divina
con tanto amor acarició mi alma
si con el me quitaste, Clotaldina,
tu amor, y mis delicias y mi calma?

¿Por qué tu labio cuando al labio mio
ardiente fuego le dejó estampado
no quitaste con beso tan impio
la vida que detesto despiadado!

Dulce es vagar en apacible calma
por el piélago inmenso de este mundo,
sin ilusiones, sin herida el alma,
sin saber que es amor en lo profundo.

Encantada region, dulce embeleso,
es el mundo feliz de los amores,
¡son ilusiones, sí! mas solo un beso
mitiga nuestros crudos sinsabores.

Horrible caos, torcedor martirio
es el mundo cruel de desengaños,
son mentira, en instantes de delirio
son verdad que nos dura muchos años!

Quiero ilusiones, sí, quiero ese sueño
donde goza feliz la mente mia:
quiero ser de esa sombra único dueño,
quiero la noche y aborrezco el dia.

Que mas vale en la noche silenciosa
soñar de amores recordando un nombre,
que en el dia con mira recelosa
ver mentiras y engaños en el hombre.

Qué me importa del mundo los laureles,
y la gloria y el oro ambicionar,
si aquellos que hoy lo dan son tan crueles
que ambiciosos despues lo han de quitar.

Vuelve, oh noche, á estender tu manto
y á cerrar otra vez mis turbios ojos,
dame el ensueño que formó mi encanto,
y convierte en placer tantos enojos.

Érdoba 26 de Diciembre de 1844.

M. SORIANO FUERTES.

VENGANZA HEROICA DE UN CÓMICO.



I.

Durante la breve y gloriosa revolucion que tanto distingió el nombre polonés, apenas se veian en Varsovia gentes de alguna valia: todas estaban en el campo de batalla. Las comedias que se ejecutaban en el teatro respiraban el amor patrio y de libertad de que todos los pechos nobles estaban pescidos.

En una pieza de circunstancias, compuesta al intento, un actor jóven llamado Wdislaw, hacia el papel de militar, y tenia que entonar canciones patrióticas, oidas y aplaudidas siempre con entusiasmo por los poloneses. Ostentaba en su pecho la cruz de honor, por exigirlo así la importancia del personaje que representaba. Su papel era noble en extremo, y al principio fué muy aplaudido por los espectadores; mas calmada la primera agitacion, hicie-

ron estas tristes reflexiones: el actor que desempeña el soldado era jóven y ciudadano de Polonia, robusto y vigoroso... su plaza, pues, no debia ser en el tablado de un teatro.

Tal vez bajo su prestado uniforme habria tambien un corazon dispuesto á prestarse al primero que se lo escijiese: la tempestad comenzó á estallar, y horribles silvidos siguieron á las muestras de aprobacion. «Fuera, fuera el actor... Vergüenza, horror al patriota de comedia... al ciudadano histrion... Que se quite la cruz que lleva al pecho...» Estas eran las voces que se oian por todos lados. De repente se levanta un espectador y dice: «En otra parte y no entre bastidores, está el cañon que truena... allí corre sangre polonesa... Fuera la cruz... y de rodillas... que pida de rodillas perdon de su desacato...» «Si, si, que lo pida...» fué la aclamacion general, y el actor abochornado tuvo que hacerlo, y desapareció en seguida.

II.

Transcurrieron algunos meses despues de esta triste escena; la guerra continuaba: unas veces favorable y otras desastrosa y desigual, pero honrosa siempre á las armas polonesas.

Despues de una victoria comprada á precio de mucha sangre, se dispusieron funciones públicas: la compañía cómica se componia de mujeres, niños y ancianos. La platea estaba llena de militares que venian á reposar momentáneamente de las fatigas de la guerra. Aquella noche se hacia la misma pieza en que habia sido tan cruelmente tratado Wdislaw.

Llegado el momento en que el personaje que él desempeñó debia entrar en escena, se vió salir á un hombre lleno de sangre, con el uniforme hecho pedazos, y con la cruz de honor. Era Wdislaw... Vengo á egecutar mi papel, exclamó con voz terrible: tengo derecho á ello. Si yo no estaba en el campo de batalla, era porque con mi trabajo mantenía á mi pobre madre... La infeliz ha muerto de miseria... de hambre... Mas yo he conquistado la cruz de que se me habia despojado tan cruelmente: la he ganado con mi sangre... vedlo: «y al decir esto, descubrió su pecho abierto de heridas» Aquí, añadió, en este mismo sitio me humillasteis... me hicisteis pedir os perdon... y bien: á vosotros os toca pedirme ahora... y pronto... tal vez no me queda tiempo para oir vuestras disculpas... El desgraciado no podia mantenerse en pie. Los espectadores mudos, helados de espanto, se inclinaron ante él, con ademan respetuoso, y cuando levantaron la cabeza, solo hallaron un cadáver con las manos estendidas ácia ellos, en ademan de fraternal reconciliacion y de agradecimiento.

CRÓNICA.

—Hoy se ejecuta en el teatro de esta capital á beneficio de la 1.ª bolera Dona Victoria Giron y otros actores, la Fantasia titulada: *Colón y el judio errante*, original del Sr. Sanchez Fuentes, individuo de la Sociedad literaria Sevillana, de cuya composicion han hecho repetidos elogios los periódicos de aquella capital.

DIRECTOR Y REDACTOR M. SORIANO FUERTES.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE GARCIA Y MANTÉ,
calle de la Librería núm. 2.—1845.